

SARAH GRISTWOOD

JUEGO DE REINAS

LAS MUJERES QUE DOMINARON EL SIGLO XVI

Ariel

Sarah Gristwood

Juego de reinas
Las mujeres que dominaron
el siglo XVI

Traducción de Gemma Deza

Ariel

Título original: *Game of Queens*

Publicado originalmente por Oneworld Publications.

1.^a edición: noviembre de 2017

© 2016, Sarah Gristwood

© 2017, de la traducción, Gemma Deza Guil

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2680-1

Depósito legal: B. 16.814 - 2017

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está
calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Juego de reinas: ¿quién es quién?</i>	11
<i>Árboles genealógicos</i>	22
<i>Cronología</i>	25
<i>Prefacio</i>	33
<i>Nota de la autora</i>	41

PRIMERA PARTE: 1474-1513

1. Gambito	45
2. «Enseñanzas a mi hija»	54
3. Experiencia juvenil	60
4. «El destino es muy cruel con las mujeres»	68
5. Princesas prometidas	80
6. Reubicación	86
7. «Falsas imputaciones»	95
8. La batalla de Flodden Field	106

SEGUNDA PARTE: 1514-1521

9. La rueda de la fortuna	117
10. «Un espléndido regalo de Año Nuevo»	125

11. «Una de las damas más alicaídas»	134
12. «Servicios inestimables y encomiables»	148
13. El Campo del Paño de Oro	156
14. Repercusiones	167

TERCERA PARTE: 1522-1536

15. «Difícil de capturar»	181
16. Pavía	193
17. «Una verdadera amante y una leal amiga»	202
18. Nuevas piezas en el damero	214
19. «Las damas pueden dar un paso al frente»	223
20. La Paz de las Damas	231
21. Salidas y entradas	236
22. «Que así sea»	244
23. «Una francesa nativa»	250
24. «Inclinada al Evangelio»	257
25. «Dudar al final»	263

CUARTA PARTE: 1537-1553

26. Hijas en peligro	277
27. Peones y princesas	287
28. Vientos nuevos	299
29. Ajustes	303
30. «Estrategia de sucesión»	308

QUINTA PARTE: 1553-1560

31. «Un atrevimiento hercúleo»	317
32. «Ni un año de descanso»	331
33. Hermanas y rivales	336
34. «Si Dios está con nosotros»	344
35. «Estado de doncella»	353
36. Problemas en Escocia	361

SEXTA PARTE: 1560-1572

37. «Rencor y división»	367
38. «Dos reinas en una isla»	376
39. Desafío y conciliación	389
40. «La majestad y el amor no son buenos compañeros»	396
41. «Hija del debate»	411
42. La Matanza de San Bartolomé	422

SÉPTIMA PARTE: DE 1572 EN ADELANTE

43. Puntos de inflexión	443
44. <i>Prise</i>	447
<i>Epílogo</i>	453
<i>Nota sobre las fuentes bibliográficas</i>	463
<i>Agradecimientos</i>	473
<i>Notas</i>	475
<i>Índice temático</i>	487

PRIMERA PARTE

1474-1513

«Maravíllome, dixo entonces riendo Gaspar Pallavicino, que pues dais a las mujeres las letras, la continencia, la grandeza del ánimo y la templanza, no queráis también que ellas gobiernen las ciudades, y hagan las leyes, y traigan los exércitos [...]

Respondió sonriéndose el Manífico: Aun quizá eso no sería malo; [...] ¿No creéis vos que se hallarían muchas tan sabias en el gobierno de las ciudades y de los exércitos como los hombres? Mas yo no he querido dalles este cargo, porque mi intención es formar una Dama, y no una reina.»

El cortesano, BALTASAR CASTIGLIONE,* 1528**

* El nombre de Baldassare Castiglione se españoliza como Baltasar Castiglione o Baltasar Castellón. Opto por la primera opción, puesto que es así como aparece en la mayoría de las fuentes consultadas. (*N. de la t.*)

** La traducción de las citas está documentada en: Baldassare Castiglione, *El Cortesano* [trad. de Juan Boscán], Madrid: Alianza Editorial, 2008. (*N. de la t.*)

Gambito

LOS PAÍSES BAJOS, 1513

La muchacha que llegó a la corte de los Países Bajos en el verano de 1513 era la hija de una cortesana, educada para conocer los pasos de la peligrosa danza de la corte, una vida donde se intercambiaban ventajas por presencia y donde el favor se ganaba con adulaciones. Sabía que la pompa de una mascarada en Navidad podía enviar un mensaje hechizante, que la fortuna de una familia podía aumentar o caer a voluntad de un gobernante y que, en la gran partida de ajedrez de la política europea, incluso ella tenía una función que desempeñar.

Nadie, por supuesto, tenía aún idea de cuán importante sería esa función.

Llegó como la última de las dieciocho damas de honor que atendían a Margarita de Austria, la regente de los Países Bajos. Con sólo doce años de edad, había sido entregada a un extraño (uno de los escuderos del regente) y escoltada desde la casa señorial de su familia en Weald, en la provincia inglesa de Kent, para realizar un viaje único por mar. Estaría entusiasmada, pero seguramente también asustada. Quizá ninguna llegada en su vida, ni siquiera la llegada a la Torre de Londres más de veinte años después, le resultara tan alienante como aquélla.

Tendría doce años, aproximadamente. No sabemos con certeza la fecha de nacimiento de Ana Bolena. De hecho, la de-

ducimos en parte del conocimiento de que llegó a la corte de Margarita de Austria en 1513 y de que doce años era la edad mínima en que una niña solía asumir tales deberes.

«Es tan inteligente y tan agradable para su tierna edad que me siento más en deuda con vos por enviármela de lo que vos podéis estar conmigo», escribió Margarita al padre de Ana. Tal homenaje revestía especial importancia, ya que la propia Margarita había disfrutado de un aprendizaje político en toda Europa sin parangón siquiera en el siglo XVI. A los treinta y tres años de edad, tras seis gobernando los Países Bajos en nombre de su padre, Maximiliano, y del nieto de éste, su sobrino Carlos, era una figura de autoridad internacional. Seguir la carrera inicial de Margarita de Austria equivale a leer el *Quién es quién* de la Europa del siglo XVI. Y Margarita acabaría por desempeñar un papel destacado en las vidas de dos de las reinas más polémicas de la historia de Inglaterra.

«Hagas lo que hagas, ponte al servicio de una dama a quien tengan en buena consideración, que sea constante y tenga buen juicio», recomendaba la regente francesa Ana de Beaujeu, una de las mentoras de Margarita, en un manual de instrucciones dedicado a su hija. Si Ana Bolena tenía que aprender la lección de que una mujer podía plantear ideas, ejercer autoridad y ser dueña de su propio destino, no podía haber caído en mejores manos.

El polémico erudito alemán Cornelio Agripa dedicó *Acerca de la nobleza y excelencia del sexo femenino* a Margarita de Austria. Agripa sostenía que las diferencias entre hombres y mujeres eran meramente físicas: «En cuanto a la mujer, recibió la misma inteligencia que el hombre, la misma razón y la misma lengua, y tanto ella como él tienen como fin la beatitud, finalidad que no excluye a ningún sexo»,* y que la única razón por la cual las mujeres estaban subordinadas cabía buscarla en la falta de educación y la animadversión masculina.

En el francés de una escolar, pues era el francés el idioma elegido en la corte de Margarita de Austria, Ana Bolena escribió

* Traducción extraída de: Agripa, Cornelio. *De la nobleza y preeminencia del sexo femenino*, Ediciones Indigo, Barcelona 1999. (N. de la t.)

a su padre comunicándole su determinación de sacar el máximo partido a sus oportunidades. Escribía con una gramática y una ortografía idiosincráticas (se esforzaría, le transmitió en aquel escrito, por aprender a hablar bien francés «y también a deletrearlo»), pero bajo el ojo avizor de un tutor. La corte de Margarita tal vez fuera un centro de poder y placer, pero también era el mejor seminario que existía en Europa. El diplomático francés Lancelot de Carles relató posteriormente cómo la joven Ana «escuchaba con atención a las damas honorables, poniendo todo su empeño en imitarlas a la perfección, y hacía tan buen uso de su inteligencia que en breve dominó por completo el idioma».

Los retratos de la mujer a quien Ana Bolena conoció en 1513 transmiten una mezcla sutil de mensajes. Desde el final de su tercer y último matrimonio, Margarita de Austria se obstinó en que la pintaran siempre con cofia de viuda, de tal manera que sólo el blanco de su tocado y las mangas de su vestido aportaban cierto alivio al negro de la tinta. A primera vista, cuesta imaginar una figura más sombría. Pero las apariencias engañan. Mostrarse como una viuda era, en la superficie, una declaración de abnegación, casi de debilidad, una súplica de compasión. Pero, en realidad, como mujer, le posibilitaba ejercer una autoridad moral y práctica; era el único papel que le permitía actuar de manera independiente, ni como niña ni como una propiedad.

En heráldica, el negro era el color de la *loyauté*, y Margarita de Austria era célebre por su lealtad. Pero un visitante italiano destacó que, además de «una presencia magnífica y verdaderamente imperial», tenía «una risa sumamente agradable». La tela negra, que requería un tinte mucho más caro y más mano de obra para producir su intenso color, era el material de lujo del siglo xvi. Y en el retrato, hoy en Viena, el pálido pelaje de las mangas de Margarita es caro armiño. La corte a la que Ana Bolena había llegado, ya fuera en el palacio de verano en Veure (La Veuren) o en el castillo base de Margarita en Malinas, era un lugar de cultura y lujos. Entre los libros ilustrados que

Ana Bolena pudo encontrar en la biblioteca de Margarita se hallaba el ya famoso *Très Riches Heures du Duc de Berry* (un legado del último esposo de Margarita), así como ejemplares más nuevos con adornos florales en los márgenes. Con el tiempo, Ana intercambiaría notas con Enrique VIII en los márgenes de uno de aquellos libros.

Erasmus era uno más de los artistas y pensadores a quienes Margarita de Austria recibía en Malinas. Grande por fuera, pero medido por los estándares palaciegos poco más que una casa de ladrillo poco ostentosa, el hogar de Margarita era un lugar donde obras teológicas convivían con desnudos renacentistas. Junto a adquisiciones más recientes descansaba un mapamundi que Van Eyck había pintado para su bisabuelo, Felipe el Bueno. Una de esas obras correspondía a lo que los inventarios de Margarita describen como «*Ung grant tableau qu'on appelle, Hernoul-le-fin*» («Un gran cuadro que denominan Hernoul-le-fin»): lo que ahora conocemos como el retrato de Arnolfini. Según los inventarios de 1516, dicho lienzo había sido «un regalo de Diego a la señora». Don Diego de Guevara, un español que había entrado al servicio de la familia de Margarita, era otro cortesano que ansiaba colocar a una joven pariente en el hogar ducal, y es posible que el retrato de Arnolfini («*fort exquis*», exquisito, según lo califica un inventario posterior de Margarita) fuera la moneda de cambio por su gratitud y una señal de con cuánto ahínco se codiciaban tales posiciones.

Las paredes de Malinas estaban decoradas con colgaduras de damasco azul y amarillo, con tafetán verde o con la colección legendaria de tapices de Margarita por la cual eran famosos los Países Bajos. Posteriormente, después de que el conquistador Cortés regresara de México, la colección de Margarita se amplió con un abrigo de pieles de Moctezuma, máscaras de mosaicos aztecas y un ave del paraíso disecada. Como pionera moderna del tipo de gabinete de curiosidades tan apreciado por los mecenas italianos, Margarita empleaba a un comisario y dos asistentes para que cuidaran su colección.

Quienes estaban al cuidado de las niñas, escribió Ana de Beaujeu, debían:

velar porque sirvieran a Dios, escucharan misa cada día, observaran las Horas y otras devociones, rezaran por sus pecados, se confesaran y dieran limosnas con frecuencia. Y, para consolarlas, dar brillo a su juventud y aseguraros su devoción, permitidles, esporádicamente, brincar, cantar, bailar y divertirse alegremente, sin pelearse ni reñir.³

Una *fille d'honneur* no tenía deberes específicos, lo cual hace aún más probable que Ana fuera testigo y quizá incluso participara en los placeres de Margarita de Austria. Margarita siempre guardaba cerca de sí un estuche de pinturas cubierto de terciopelo morado y disfrazado de libro que utilizaba con frecuencia. La música era otra de sus actividades recreativas predilectas. Su coro era legendario y ella misma era una notable intérprete de teclado y compositora. Las misas, los motetes y las *chansons* de sus libros musicales eran obras de compositores a quienes la propia Ana favorecería posteriormente cuando su interés por la música forjó un lazo con Enrique VIII.

Además, Margarita se entretenía jugando al ajedrez, con trebejos de calcedonia y jaspe, y de plata y oro. (Su madrina, Margarita de York, la propietaria de Malinas antes que ella, poseía libros sobre ajedrez en el estudio decorado con pañería de tafetán violeta.) Pero Margarita de Austria jugó al mismo juego también en un escenario más grande, como años más tarde haría Ana Bolena.

La floreciente comunidad liderada por mercaderes de los Países Bajos tenía tradición de movilidad social. El retrato de Arnolfini no ilustra a un matrimonio aristocrático, sino a una pareja de mercaderes con aspiraciones. Es posible que ello también influyera en Ana. Los propios Bolena, podría argumentarse, eran un ejemplo de movilidad social en Inglaterra. Y si bien Ana no venía de un trasfondo tan humilde como a menudo se ha afirmado, el dinero de la familia de los Bolena sí procedía de mercaderes, aunque era el bisabuelo de Ana quien había hecho la fortuna familiar y se había convertido en alcalde de Londres.

En la dinámica era de los Tudor, muchas grandes familias tenían conexiones más estrechas con el comercio que la de Ana. Ana era de mejor cuna que dos de las otras esposas de Enrique; su madre, perteneciente a la poderosa familia Howard, era la hija mayor del conde de Surrey y posterior duque de Norfolk, y su padre, Tomás, tenía vínculos con el condado irlandés de Ormonde por vía de su madre, que era la heredera de la mitad de la fortuna de Ormonde.

Con todo, la carrera de Thomas en el servicio real comenzó como la de un joven ambicioso relativamente pobre. Pero medró rápidamente. Estaba presente cuando Catalina de Aragón desposó al heredero de Enrique VII en 1501 y fue uno de los escoltas que condujo a la primogénita del rey, Margarita Tudor, a contraer matrimonio con el rey de Escocia en 1503. Para cuando Enrique VIII ascendió al trono en 1509, Tomás Bolena se hallaba al principio de la treintena, y quizá algo mayor para ser uno de los compinches del círculo más estrecho del rey, si bien por ser un hombre dotado para las justas, además de un lingüista y un cortesano inteligente, se convertía en el tipo de hombre de los que a Enrique le gustaba rodearse.

En 1512, Tomás fue enviado en su primera misión diplomática, a la corte de Margarita de Austria. El posterior envío de Ana Bolena allí indicaba cuán bien habían congeniado ambos en el transcurso de sus diez meses de estancia. Se tiene constancia de que ambos se estrecharon la mano tras apostar dos caballos al posible avance de sus negociaciones en un plazo de diez días, ella un corcel español y él un *hobby*. En la carta que escribió a Tomás acerca de los progresos de Ana, Margarita le informó de que, si la joven seguía progresando tal como lo estaba haciendo, «a vuestro regreso no nos hará falta más intermediario que ella».

Más allá de una referencia con un vago carácter sexual a su brillo cosmopolita y a sus modales afrancesados, la experiencia temprana de Ana en el extranjero quizá no se tenga en cuenta lo suficiente a la hora de entender el personaje. Se la suele ubi-

car sobre el trasfondo de Hever, la encantadora casa solariega fortificada de Weald, en Kent, adquirida y remodelada por su bisabuelo y heredada por su padre, Tomás, en 1505. En Hever pasó gran parte de su infancia. Allí, mientras se preparaba para viajar al extranjero, donde siempre se contempló que pasara una estancia de varios años, debió de pasear por los deslumbrantes huertos y jardines en primavera, dedicándoles, con la intensidad de una adolescente inteligente, una última mirada.

Mas, si bien en Malinas, durante el gobierno de Margarita, también había frondosos jardines, lo que mejor reflejaba la vida cortesana del momento eran la cizaña y las intrigas que acechaban entre las plantas. Los estamentos que prosperaban bajo los Tudor temían a la corte, al tiempo que la necesitaban. Era el único lugar donde podían obtenerse verdaderos privilegios seculares, pero también era el lugar donde cualquier lapsus verbal o desliz táctico y donde cualquier ambición arrogante o lealtad equivocada podía, literalmente, resultar letal. Ése fue el mundo al que sus parientes enviaron a Ana Bolena, dirigida como un misil.

Por un lado, estaba allí como agente y embajadora de su familia, tan claramente como su padre lo era de Inglaterra. Pero, por el otro, ¿qué consecuencias tendría aquella separación prolongada en su relación con su familia? En la década posterior, se hallaría ocasionalmente en compañía de su padre y otros familiares, cuando las carreras de éstos los llevaban al otro lado del canal de la Mancha. Sin embargo, durante largos períodos debió de verse obligada a menudo a valerse por sí misma. En los últimos años, parecía no mostrar una confianza femenina típica en la orientación de su familia, el clan Howard en su conjunto, pero tras pasar una década valiéndose por sus propios medios, ¿por qué iba a hacerlo?

En la corte, donde Margarita de Austria consultaba con su consejo a diario, Ana, dotada del ingenio, la decisión y la capacidad de observación señaladas por De Carles, seguramente aprendió algo más que la lengua francesa. Debió de observar a una mujer ejerciendo el poder y, quizá incluso, dentro de unos confines prudentes, disfrutando de su sexualidad.

En efecto, es posible que Ana Bolena aprendiera otra lección en la glamurosa y culta esfera de Margarita. La corte de los Países Bajos (la antigua corte de los Borgoña) era la sede de toda la pompa y boato del amor cortés, ese magnífico juego de conductas sexuales que predominó entre la clase alta europea durante tres siglos y continúa influyéndonos en la actualidad.* Y Ana también aprendió las reglas.

«Señor —escribió Ana a su padre—, entiendo por vuestra carta que deseáis que me convierta en una mujer de buena reputación [*toufs onette fame*] en la corte...» Ahora bien, las lecciones que podía aprender en Malinas eran múltiples y variadas. La corte inglesa hacía tiempo que tomaba prestadas sus mejores ideas de Borgoña. Por un lado, Margarita observaba un protocolo estricto y se velaba por la salvaguarda de Ana y las otras doncellas. Por otro lado, Margarita escribió un poema para sus jóvenes doncellas, advirtiéndoles que no se tomaran el juego demasiado en serio:

Confiad en quienes os ofrecen servicio
y, al final, doncellas mías,
os encontraréis engrosando las filas
de quienes han sido embaucadas.

La mejor defensa de una muchacha residía en la sensatez y la seguridad en sí misma. Dos personas podían jugar a la «elocuencia» y, sin lugar a dudas, aquél fue un juego en el que Ana Bolena se hizo experta y que nadie en Europa jugó de manera tan sobresaliente.

* El ducado de Borgoña llegó a englobar no sólo el territorio meridional que hoy conocemos como Borgoña, sino también gran parte de las actuales Bélgica y Holanda. Puesto que la «Borgoña» original debía ser cedida prácticamente de inmediato a Francia, de acuerdo con las cláusulas del contrato matrimonial de Margarita de Austria, parece más conveniente hablar directamente de «los Países Bajos». Dichos Países Bajos se dividirían en los Países Bajos españoles, católicos, y siete provincias protestantes independientes antes de finales del siglo xvi.

Margarita, pese a su atuendo de viuda, permitió a quienes la rodeaban jugar al juego del amor cortés hasta un extremo que quienes procedían de una cultura menos flexible podían malinterpretar. Sin embargo, tal como demostrarían los hechos, Margarita sabía bien cuándo había llegado el momento de ponerle fin. Y Ana Bolena debería haber prestado más atención.

Quince años después, Europa oiría hablar de Ana Bolena como la rival de Catalina de Aragón, la reina de Inglaterra y antigua cuñada de Margarita de Austria. Ambas libraron una batalla en la que la fuerza de la personalidad (y el atractivo personal) no fue más que el reverso de la moneda de cuestiones políticas.

El tiempo que Ana pasó en las cortes de los Países Bajos y, posteriormente, en Francia, le confirió el brillo cosmopolita que tanto cautivó a Enrique VIII. Sin embargo, también la convirtió en una rival de Catalina en otro sentido. Observar a una mujer ejercer el poder de un modo todavía extraño para Inglaterra permitió a Ana catar el tipo de educación europea que la propia Catalina había recibido por ser hija de Isabel, la reina de Castilla.

La historia de Ana Bolena y Catalina de Aragón, así como la de sus hijas, se enmarcó en un panorama europeo mucho más amplio. En los años venideros, las mujeres de la realeza de las islas británicas se verían enmarañadas en una red (que en ocasiones tejerían por sí mismas) de rivalidad y confianza mutua con mujeres Habsburgo, Valois y Médici tan variopintas como ellas mismas. Pero, para entender tal hecho, primero es necesario analizar brevemente las décadas inmediatamente anteriores.